



## Lima: Espacio público y ciudad sostenible

Pablo Vega Centeno

Director del Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad (CIAC) - PUCP

Diciembre, 2006

**Síntesis:** Los espacios públicos permiten una afirmación plena de la ciudadanía, para todos y por igual. Lima, particularmente en las zonas residenciales y las ocupaciones populares, carece de espacios públicos que aseguren la identificación de los habitantes con su ciudad, y que permitan que ejerzan su ciudadanía. La podrían ejercer, participando de su mantenimiento y haciendo uso libre de ellos, a la vez que tolerando las apropiaciones de ciudadanos de otros entornos sociales. Es importante que los espacios públicos existentes generen áreas de impacto mayor como escenarios urbanos.

La discusión de los problemas de Lima se ha centrado en buena parte en la magnitud de viviendas inadecuadas. Éste es, efectivamente, un problema grave que afecta la calidad de vida de sus habitantes. De este modo, uno de los escenarios centrales de la investigación de la pobreza urbana ha girado en torno al estudio de las barriadas. Si bien esta aproximación ha generado importantes aportes al conocimiento de los desafíos que enfrenta la ciudad (dando a conocer las necesidades de sus sectores sociales de menores recursos), también presenta debilidades cuando se trata de comprender la ciudad en su conjunto. En efecto, la vivienda nos remite a la esfera privada que se desarrolla en la ciudad, pero no a los ámbitos de encuentro de sus habitantes, es decir, sus espacios públicos.

Entonces, no es aconsejable proyectar una “ciudad popular” o una “ciudad moderna” partiendo de experiencias de vivienda y de su entorno inmediato, salvo que nuestro objetivo sea privatizar los espacios urbanos y convertir la ciudad en un agregado de zonas residenciales, homogéneas internamente, pero diferenciadas externamente por la posición o clase social y por las facilidades de que disponen o se dotan.

La comprensión de la vida cotidiana en contextos metropolitanos es posible principalmente a través de los lugares de encuentro y los espacios relacionales que la ciudad ofrece. Entre ellos, destacan aquellos que son de libre acceso a todos los habitantes y ofrecen un carácter polivalente: los espacios públicos de una urbe. Es por ello que Jordi Borja afirma enfáticamente que la ciudad es el espacio público, en la medida que éstos son los lugares que nos permiten una afirmación plena de la ciudadanía, para todos y por igual. Se presenta como una alternativa para los sectores sociales con recursos y como la única posibilidad para los sectores pobres de la ciudad. Entonces, cabe preguntarse: ¿Cuáles son los espacios públicos limeños? ¿Dónde podemos afirmar nuestra ciudadanía?

El crecimiento explosivo, tanto poblacional como espacial, de la ciudad durante sus últimos cincuenta años ha demostrado una importante producción de viviendas y espacios residenciales, donde aquellas desarrolladas a través del sistema de autoconstrucción han sido las mayoritarias. Sin embargo, la habilitación de nuevos espacios públicos ha brillado por su escasez, tanto en zonas residenciales regulares como en las ocupaciones irregulares, las que Julio Calderón define como la ciudad ilegal.

## Las ocupaciones de sectores medios y altos y los espacios públicos



Si observamos urbanizaciones de los últimos treinta años, como las que se han ido desarrollando en los distritos de La Molina, Surco o San Borja, podemos notar que existen numerosas y amplias áreas verdes, que expresan un nivel de calidad ambiental, pero que no cumplen cabalmente un rol de espacio público. Ello, en la medida en que muchos de sus denominados “parques” están limitados por un sinnúmero de restricciones a los posibles usuarios en salvaguarda de su mantenimiento o en nombre de la “seguridad ciudadana”<sup>1</sup>. Estos espacios son pensados sobretodo como lugares para el disfrute estético del entorno y no como espacios para ser ocupados o utilizados por ciudadanos.

Así, es usual observar en muchos parques de estos lugares a serenos expulsando niños que se atreven a correr detrás de una pelota, parejas que retozan sobre el césped o personas de apariencia social modesta que se atreven a comer sobre la hierba a manera de un picnic<sup>2</sup>. En ninguno de los casos se invita a los usuarios a ocupar el lugar respetando su mantenimiento, sino que se los conmina a retirarse por estar prohibido este tipo de prácticas. De esta manera, tanto niños como jóvenes aprenden cotidianamente a ser marginados por la ciudad. Así, ¿podemos esperar que ellos entiendan que ésta es su ciudad?

Por otro lado, el uso de la calle se encuentra cada vez más restringido. Por una parte, se ha difundido notablemente el uso de rejas y cercas que impiden la marcha normal sobre aceras y calzadas. Esta práctica, que se legitimó hace quince años por el temor legítimo que suscitaban los atentados terroristas con coches bomba, hoy se ha multiplicado por toda la ciudad en nombre de la seguridad. Además – copiando un modelo hoy difundido en todo el mundo - hay zonas residenciales donde la acera simplemente no existe o es reducida a su mínima expresión restringiendo los accesos exclusivamente a los usuarios de vehículos. En este contexto, varios escenarios residenciales se caracterizan por la presencia de “garitas” que controlan el ingreso de vehículos a zonas residenciales.

La pobreza de espacios públicos en estos escenarios se explica por el poco interés de parte de este sector de la población de participar de espacios de acceso plurisocial. Los lugares de encuentro para los habitantes de estas zonas residenciales se concentran básicamente en espacios privados, como pueden ser clubes donde se reserva el derecho de admisión o de carácter semipúblico, como son los centros comerciales, que si bien permiten un mayor acceso de personas de diferentes sectores sociales, se organizan en torno a la capacidad de consumo y son de dominio privado<sup>3</sup>.

Al no existir un real interés de estos grupos humanos por utilizar los espacios públicos, su mayor percepción y comprensión de la ciudad partirá de sus flujos vehiculares y de la vida cotidiana desplegada en los centros comerciales u otros lugares de encuentro de carácter privado. De esta forma, la ciudad de Lima se asemejará, para buena parte de esta población, a la metáfora de la “ciudad genérica” propuesta por Rem Koolhaas.

---

<sup>1</sup> Una preocupación válida como es la de prevenir hechos delincuenciales o vandálicos tiende a derivar en una política de segregación al acceso de personas por su condición social, presentación personal o por tipos de uso del espacio público. En nombre de la seguridad, se corre el riesgo de legitimar prácticas de exclusión social, como señala Jordi Borja. Cf.: La ciudad conquistada. Madrid, Alianza Editorial. 2004.

<sup>2</sup> Estas prácticas además suelen estar acompañadas por un criterio de clases social, donde la presencia de personas de otro nivel social son vistas como nocivas para el paisaje.

<sup>3</sup> Escenarios cotidianos de lógicas de apropiación privada de espacios públicos resultan siendo las ocupaciones de los accesos a las playas en el litoral sur de la metrópoli, donde las prácticas de exclusión social tienden a reservar a unos pocos el derecho de acceso a un bien público como son las playas.



## Los sectores populares y el espacio público

Las ocupaciones urbanas que han producido distritos como Villa el Salvador, Comas, Carabayllo, Independencia o San Juan de Lurigancho, presentan heterogeneidades sociales que suelen ser ocultadas por el manto de la urbanización reciente bajo el signo de la ocupación espontánea, que es una forma de urbanización importante y hasta mayoritaria en varios de estos distritos; pero no la única.

La necesidad de un lote propio, aspiración de toda familia que encara el desafío de ocupar tierras baldías, no va de la mano con la necesidad de acceso a espacios públicos. Las prácticas colectivas que median en la consecución de los objetivos de infraestructura para los nuevos barrios populares suelen ocultar la flagrante ausencia de áreas comunes que permitan el encuentro de los habitantes del barrio, pero también que toleren la presencia de habitantes externos a dicho espacio social.

Esto lleva a que exista poca previsión para la habilitación de este tipo de equipamientos. Así, en muchos casos, se reduce el espacio público a una losa deportiva, cuya utilización expresa las limitaciones de uso propias de la función asignada y beneficia sobretudo a los adultos varones del barrio. Estas áreas comunes son escenarios que permiten, con sus limitaciones, el encuentro de los que habitan esa zona; pero es notoria la ausencia de espacios que faciliten el encuentro de estos pobladores con otros habitantes de la ciudad.

El crecimiento acelerado y sin planificación de la mayor parte de estos distritos permite evidenciar la pobreza de espacios públicos. Villa el Salvador, si bien fue planificado (a través de su organización en grupos residenciales), sólo facilita los encuentros localizados de grupos de familia, pero carece de espacios importantes que susciten el encuentro de los habitantes del distrito y que sean visibles para la ciudad en su conjunto. A su vez, la plaza principal de Comas es tan sólo un lugar de tránsito poco atractivo, si la comparamos con el movimiento y tráfico vehicular que en esa zona tiene la avenida Túpac Amaru.

Por otro lado, Los Olivos ha experimentado una gran visibilidad a partir de los grandes centros comerciales cercanos en la zona limítrofe con Independencia, pero no tiene espacios públicos importantes a nivel distrital. Eso sí, cuenta sobretudo con parques completamente cercados a manera de propiedad privada por las urbanizaciones residenciales que dieron vida al distrito.

San Juan de Lurigancho experimenta la misma limitación, donde los espacios relacionales públicos son de muy pobre visibilidad, siendo un ejemplo paradigmático la falta de áreas públicas de calidad en una ocupación tan importante como es la Urbanización Popular de Interés Social (UPIS) Huáscar en Canto Grande.

En varios de estos distritos, podríamos afirmar que, como contraparte, existen los parques zonales, pero su propio diseño los hace completamente ajenos a la trama de la ciudad. Tienen un muro divisorio que impide identificarlos como equipamiento colectivo de libre acceso a todo ciudadano y son por lo menos ausentes del paisaje urbano cotidiano.

Las ofertas de zonas residenciales para los sectores sociales con recursos y las ocupaciones irregulares de sectores populares<sup>4</sup> sólo han aportado escasamente a la generación de nuevos

<sup>4</sup> Ocupaciones toleradas y en algunos casos asistidas por el Estado, que son responsables de muchas de las extensiones de los últimos cuarenta años del proceso urbano de Lima



espacios públicos para la ciudad. Entonces, ¿en qué espacios pueden los habitantes de esta ciudad identificarse como limeños? Es decir, ¿qué lugares facilitan un encuentro plurisocial y a la vez permiten una polivalencia creativa, donde practiquemos tolerancia con habitantes de la ciudad distintos a nosotros?

## Retornando al casco central

Los espacios públicos del actual casco central, que representa aproximadamente la ocupación de Lima hasta 1960, se erigen como los posibles grandes escenarios de afirmación de la identidad limeña, con todas las virtudes y defectos de la gestión urbana de la que son objeto. El eje “Plaza de Armas-Jirón de la Unión-Plaza San Martín” se mantiene como uno de los principales espacios públicos que ofrece la ciudad, con sus extensiones al Paseo Chabuca Granda y la Iglesia de San Francisco. La intensidad de su uso indica, entre otras cosas, la urgencia de extender esta centralidad a través de la recuperación para los habitantes de algunas de las calles aledañas que son dominadas por la circulación vehicular.

Se trata de un espacio de encuentro plurisocial de la ciudad, pero donde las posibilidades de afirmación y apropiación del lugar son mediatizadas por lo estrecho del espacio peatonal. Urge, entonces, consolidar una de las principales centralidades del tejido metropolitano, pero entendida como espacio para todos los habitantes de la ciudad, evitando caer en la tentación de segregarlo en nombre del turismo. En efecto, esta práctica, que puede generar dinámicas económicas importantes, al erigirse como el principal objetivo de la inversión pública genera efectos sociales nocivos, pues termina legitimando la expulsión de los nativos de su propia ciudad.

En segundo lugar, no podemos dejar de mencionar los grandes parques públicos que fueron inaugurados entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, como son el Parque de la Exposición y el Parque de la Reserva. El primero, que ha experimentado una renovación importante, más allá de las críticas recibidas sobre sus calidades urbanísticas y arquitectónicas, es un espacio muy concurrido por el conjunto de la población. El Parque de la Reserva constituye otro de los lugares de encuentro tradicionales que ofrece la ciudad, aunque en nombre de su renovación se suelen restringir las posibilidades de utilización de parte de los concurrentes.

En tercer lugar, un espacio de encuentro importante para los limeños son las playas de la Costa Verde. Se trata de uno de los principales espacios públicos de la ciudad, donde se podría afirmar una identidad del limeño contemporáneo, pero suele estar mediatizado por la calidad de mantenimiento de los espacios, no sólo por parte de los municipios, sino sobretudo de los propios usuarios, que no llegan a entender que todos somos responsables de un espacio “nuestro” como la playa y, por ende, somos responsables de su cuidado. Por otra parte, los gobiernos municipales son poco sensibles al mantenimiento de espacios que no les aseguran buena rentabilidad, por lo que la tentación de privatizar áreas comunes es muy grande, expresándose ello en las tensiones que vive actualmente la urbanización del litoral en el distrito de Chorrillos.

El Parque Universitario promete la posibilidad de generar una nueva centralidad, aprovechando las iniciativas municipales en su embellecimiento y la presencia del Centro Cultural de San Marcos (la tradicional “Casona”) que ha tenido un excelente desarrollo los últimos años. Sin embargo, carece de comunicaciones con la ciudad; no existen calles peatonales que, por ejemplo, le den vida y lo comuniquen con espacios próximos como la



Plaza Francia. Además, “por razones de seguridad”, es usual que se restrinja el acceso a todo transeúnte<sup>5</sup>.

Otros escenarios de la ciudad son el Parque de Miraflores y el Parque de Barranco, donde nuevamente vemos una ocupación importante de parte de la población de distintos lugares de la ciudad<sup>6</sup>, que elige estos espacios como lugar de paso, de encuentro o de recreación, entre otras posibilidades. El Parque de Barranco, por su parte, se encadena con el pasaje al malecón y el Puente de los Suspiros, generando un espacio público importante para los limeños, de ocupación intensa tanto en el día como en la noche. Este lugar, al igual que el eje “Plaza de Armas-Jirón de la Unión-Plaza San Martín”, es uno de los pocos escenarios públicos limeños que combinan calles con plazas, produciendo centralidades de mayor complejidad y riqueza a los habitantes.

Los parques mirafloresinos que bordean el malecón se ofrecen como otra posibilidad interesante para el encuentro de los limeños. El Campo de Marte, por su parte, también ofrece posibilidades para los habitantes de la ciudad, pero las medidas de control restringen las posibilidades de un espacio donde se afirme la plena ciudadanía. Entre otros espacios significativos, aunque a una escala más estrictamente distrital e inclusive barrial, podemos referirnos entre otros a la Plaza Bolívar en Pueblo Libre, el Parque Ramón Castilla y la Plaza Ruiz Gallo en Lince o al propio Olivar de San Isidro y el Parque Reducto de Miraflores.

El casco central ofrece, pues, posibilidades de espacios relacionales de acceso público con los que las zonas residenciales y populares de periferia no cuentan. Ello va de la mano con una característica de los casos descritos: en casi ninguno de los alrededores de estos lugares existen calles enrejadas o garitas que reserven el derecho de admisión.

Se trata pues de espacios que pueden permitirnos la afirmación de una calidad de vida y de aprender a encontrarnos y tolerarlos como habitantes plurisociales de una ciudad que sustenta su carácter cosmopolita en la diversidad sociocultural de nuestro país.

Sin embargo, su carácter de espacio que genere afirmaciones de una identidad cosmopolita limeña todavía se encuentra más en el nivel de las posibilidades que en el de las realidades. Ello se debe a que tanto la gestión urbana como los propios procesos de apropiación de los habitantes no llegan a entender la importancia de proteger y valorizar los espacios públicos como espacios ciudadanos.

Paradójicamente, las campañas por una mayor seguridad pueden resultar siendo un “boomerang” para las posibilidades de valorización de los espacios públicos. En efecto, en nombre de la seguridad se difunden prácticas de discriminación, donde aquellos que no cumplen una función prevista por el municipio o tienen una apariencia considerada inadecuada pueden ser considerados sospechosos y por ende controlados, y hasta expulsados, del supuesto espacio de todos. La multiplicación de serenos en varios distritos

---

<sup>5</sup> Nuevamente, la preocupación por el mantenimiento lleva a los responsables de la gestión urbana a sobredimensionar el control de la ciudad mediante la exclusión de los accesos y usos, antes que de promover la responsabilidad ciudadana.

<sup>6</sup> En un trabajo monográfico reciente, los alumnos Cynthia Astudillo, Roberto Caballero y Carmen Rodríguez encontraron que sobre una muestra de usuarios de un día común, menos del 15% residían en Miraflores, mientras que una proporción significativa venían de distritos periurbanos de la ciudad.



suele expresar, más que una presencia disuasiva, la tentación de gestores urbanos y algunos ciudadanos por controlar y restringir los accesos y actividades en los espacios públicos.

Un ejemplo de ello suelen ser nuevamente los niños y adolescentes, que aprenden a ver al vigilante como el enemigo que les impide jugar o hacer uso de los espacios públicos, muchas veces apoyados por vecinos, quienes son poco tolerantes a la presencia de menores de edad corriendo y gritando. ¿Cómo se podría posteriormente hacerles entender que el futuro de la ciudad está en sus manos, si aprendieron a ser excluidos por la ciudad cuando intentaron hacerla suya?

La ciudadanía, además de reclamar la presencia de serenos y personal de limpieza, suele tener poca conciencia de su responsabilidad en el mantenimiento de un espacio de todos. Por una parte, los habitantes de sectores sociales de bajos ingresos, acostumbrados a vivir en una ciudad donde no existen espacios incluyentes, suelen percibir los espacios públicos a los que accede como “tierra de nadie”, por lo que no demuestran mayor preocupación por su cuidado. Por otra parte, los habitantes de sectores medios o altos han sido socializados en contextos caracterizados más por la comodidad de las servidumbres domésticas que por estímulos a la autosuficiencia; por ello, suelen percibir todo mantenimiento como acción ajena a ellos y más bien como responsabilidad de la “servidumbre pública”.

Otro problema suele ser el hecho de que estos espacios de encuentro suelen encontrarse aislados dentro de la trama urbana, al no existir mayores conexiones peatonales a proximidad, sino más bien un flujo vehicular intenso. Espacios aptos para salir y caminar por la ciudad son entonces escenarios restringidos y por ello, los pocos existentes suelen estar densamente ocupados.

## **Espacios públicos para una ciudad socialmente sostenible**

En síntesis, la ciudad de Lima adolece seriamente de una falta de espacios públicos que aseguren la identificación de los habitantes con su ciudad y, por ende, que ejerzan su ciudadanía. La podrían ejercer participando de su mantenimiento y haciendo uso libre de ellos, a la vez que tolerando las apropiaciones que puedan hacer los “otros desconocidos”, como afirmara Anthanas Mockus en su reciente conferencia dictada en Lima en el seno de nuestra universidad.

Los espacios públicos, con pocas excepciones, se presentan en Lima más como islotes de una ciudad fragmentada que como escenarios que afirmen un referente metropolitano. Si esta situación es preocupante en el casco central, ella se torna sumamente grave en los distritos periféricos de la ciudad.

¿Cómo aprender a querer la ciudad en que uno vive si se desconoce o si no hay lugares donde realmente los habitantes se puedan encontrar libremente? La capacidad de adaptación de los habitantes nos permite intuir que existe necesidad de apropiarse creativamente de la ciudad, pero las limitaciones de equipamiento y de política urbana defensora del espacio público llevan a que estos intentos sean aislados y a veces frustrantes.

La sostenibilidad de la ciudad no sólo se juega en los recursos disponibles en términos de infraestructura y equipamientos, sino también en la capacidad de socializar generaciones de limeños que se sientan ciudadanos responsables de su ciudad. No se trata de elaborar programas teóricos que sirvan a la enseñanza escolar, sino que los habitantes aprendan a



cultivar el gusto de vivir en la ciudad y de tolerar la heterogeneidad social y cultural en escenarios cotidianos que lo permitan.

Mientras que para un sector de la población los espacios públicos son una alternativa, entre otras, donde afirmar su calidad de vida, para los sectores sociales de menores recursos constituyen la única posibilidad de afirmarse como habitantes ciudadanos de la metrópoli.

Es importante que los planes de desarrollo de la ciudad prevean la generación de centralidades urbanas que, con autonomía relativa del tejido tradicional, permitan que los espacios públicos actualmente existentes generen áreas de impacto mayor como escenarios urbanos. Por otra parte, es urgente prever la recuperación de espacios para la ciudad en zonas de periferia, pues en ausencia de ellas, la cultura de la segregación e inclusive de la dualización de la ciudad seguirá permaneciendo, con las tensiones y conflictos sociales latentes que pueden terminar eclosionando tarde o temprano en violencia.